

LOS LADRILLOS



EL gafe y aojador bético Luis Yáñez quiere tapar con ladrillos todo lo que de España quede en pie después de haber ejercido su terrorífico maleficio sobre los muros y glorias de la patria mía. Su primer intento consiste en echar a pique todo lo que se mueva por el mar. No será necesario, creo, recordar a ustedes el naufragio de la réplica de la «Victoria» apenas fletada, esa nao con la que Elcano y Magallanes surcaron tantos mares y escaparon de tantas tempestades. Bueno, pues, nada. Ni una milla marina, ni un nudo. Luis Yáñez estaba en la orilla, contemplando la botadura, y de pronto, glu-glu-glu, al fondo. Apenas echada al agua, haia, la nave a pique.



Luego vino lo del naufragio de las tres carabelas de Colón en las costas japonesas. En el puerto estaba Luis Yáñez, y cuando las tres naves se acercaban a vela henchida hacia tierra, se detuvieron de repente, se escoraron y zozobraron. Una vez envió un mensaje telegráfico al «Andrea Doria», que navegaba por aguas oceánicas, y pocos segundos después el transatlántico quedaba sepultado bajo las olas. Acudió a presenciar las famosas regatas de Billford Watt, invitado por los organizadores, jamás lo hubieran hecho, porque ese año sopló el viento con tal fuerza que ocho de cada diez veleros volcaron. Hubo que rescatar a los tripulantes con helicópteros y naturalmente se suspendió la regata.

No es menos peligroso en tierra el gafe bético. Después de dirigirse solemnemente a América y a los americanos y pedirles perdón por el Descubrimiento, con sólo su mirada, prendió fuego al pabellón de ese nombre en la Exposición Universal de Sevilla. Su última gran hazaña de «jettatore» la realizó en Italia. Viajó como turista a la ciudad de Turín, y apenas llegado a ella se declaró el incendio que redujo a cenizas el Duomo y destruyó buena parte del Palacio Real con todos los tesoros artísticos que allí se guardaban. Gracias a un forzado bombero que rompió a martillazos el cristal de seguridad de la urna donde estaba La Sindone, pudo salvarse del in-

endio la famosa reliquia de la sábana del sudario de Jesucristo.

Ahora han quedado al descubierto dos lápidas del edificio del antiguo Instituto de Cultura Hispánica, que fueron instaladas en 1941 y tapadas con ladrillos en 1983 por orden de Luis Yáñez, que presidía entonces el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Sólo a Felipe González se le puede ocurrir po-

ner al frente de un organismo así a un gafe como ese. Desde entonces, ya ven todo lo que ha sucedido en América hasta llegar al bloqueo de Cuba y el secuestro de los Tupac Amaru. Una de las lápidas explicaba que el edificio se había inaugurado durante el gobierno de Franco, y la otra reproducía la famosa frase del capellán de Hernán Cortés, don Francisco López de Gomara, donde se afirma que, después de la creación del mundo, y exceptuando la encarnación y muerte de Jesucristo, el Descubrimiento de Indias es el más grande suceso de la Historia de la Humanidad.

Bueno, pues Luis Yáñez lo mete todo debajo de los ladrillos. Ahora puede meter debajo de un ladrillo a don Antonio Cánovas, cuyo centenario celebramos en estas fechas, y todo el 98, el 98 de la Historia y el 98 de la famosa generación, y darle ladrillazo a don Miguel de Unamuno, don Pío Baroja, Azorín, don Ramón María del Valle-Inclán y don Antonio Machado. Otro día puede tapiar con ladrillos la cama de Isabel II, el caballo de Pavía, la Tizona del Cid, el monasterio de La Rábida, los cañones del cardenal Cisneros, las botas de don Niceto Alcalá-Zamora, el sombrero alto de Felipe II, el jardín de los frailes de El Escorial, los toros de Guisando, el Alcázar de Toledo, la capa de Esquilache, la braga de doña María la Brava y la bandera de Mariana Pineda. Pero será mejor que ya no entierre más cosas debajo de ladrillos, porque estos tíos compran los ladrillos para tapiar por cuarenta millones, es un decir, y se quedan con una comisión de cuatro mil. Lo mejor es tapiarles las manos.

Jaime CAMPANY